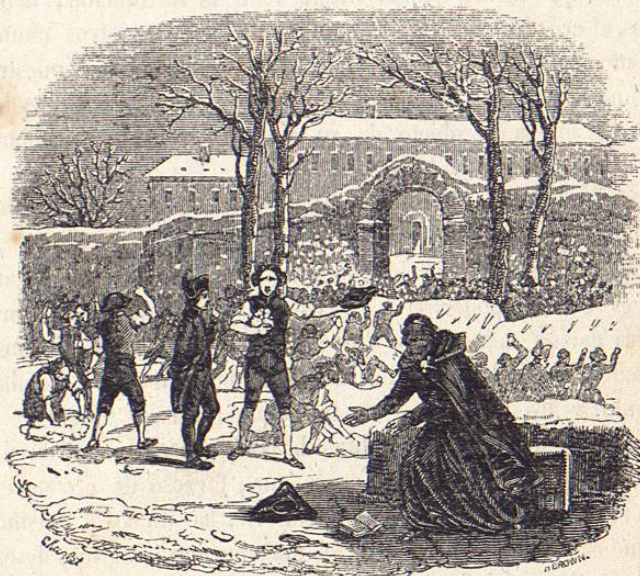


# HISTORIA

DEL EMPERADOR

## ***NAPOLEON.***



Napoleon en Brienne.

### INFANCIA DE NAPOLEON.

Los nombres mas ilustres de los tiempos antiguos y modernos quedan ofuscados ante el de Napoleon: ¿puede ponerse en paralelo con el hombre del siglo XIX ninguno de esos grandes hombres que hasta hoy dia han sido objeto de todas las comparaciones? ¿qué son al lado del general del ejército de Italia, del conquistador de Egipto, del fundador del imperio francés, del vencedor de la Europa civilizada, asi Alejandro como Anibal, César, Mahomet, Carlomagno, Enrique IV y Cromwell? Napoleon, superior á cada uno de ellos en la cualidad á que ha debido su gloria, los sobrepuja todavia reuniendo en su persona otras grandes cualidades que no tuvieron. Podria sostener la comparacion con todos esos

reyes famosos, ilustres capitanes y sabios legisladores reunidos: él solo los eclipsa todos.

Las victorias de Bonaparte salvaron á la República cuando peligraba bajo la alianza europea, y su gobierno sacó á la Francia del lodazal sangriento de la anarquía. Nosotros, que hemos nacido despues de la Revolucion, debemos al creador del Imperio nuestras leyes, nuestros monumentos y nuestra gloria: por él ha penetrado en nuestros ánimos ese vasto deseo de una mejora progresiva, verdadero é incesante objeto de su gobierno, y que en adelante lo será tambien de toda sociedad.

Se ha echado en cara al Emperador su ambicion desmedida, su despotismo y su aficion á la guerra.

Su ambicion (¿quién lo ignora hoy día?) consistió en engrandecer y hacer poderosa á la Francia, proclamándola la primera nacion del mundo. Viéndose colocado por las circunstancias á la cabeza de los hombres del porvenir, combatiendo á los defensores de lo pasado, queria asegurar el triunfo de la causa que habia abrazado, causa de la civilizacion contra la barbarie, causa que, forzoso es reconocerlo, era la del pueblo francés. «Quiero, ha dicho él mismo, «que el título de francés sea el mas hermoso, el mas deseado y el que infunda mas respeto sobre la tierra.» Ay! nuestros mayores adornos solo son ya los arrapos y restos de la gloria que nos dejó.

Su despotismo fue una dictadura nacida de la guerra, y que hubiera cesado con ella. ¿Qué francés amigo de su país le echaria hoy día en cara el haber usado, como lo hizo, del poder sin límites de que le habian revestido su genio y las necesidades de la época? El presidente actual de la cámara de diputados, Mr. Dupin el mayor, á quien nadie acusará ciertamente de no ser partidario de una sabia libertad, decia hace poco: «Detesté á Napoleon en la época «de su omnipotencia, pero le juzgaba desde un punto muy «bajo. Hoy día que conozco mejor asi los hombres como las cosas de los gobiernos, admiro al Emperador, por los «actos mismos que habian escitado mi ódio y mi indignacion.»

Tocante á la pasion de Bonaparte por la guerra, puede

olvidarse que el conquistador de Italia, despues de haber destruido seis ejércitos austríacos y vencido á Wurmser y al príncipe Carlos, pidió espontaneamente al Austria humillada la suspension de las hostilidades? A él, á su voluntad pacífica debió la Francia el tratado de Campo-Formio. Tampoco puede olvidarse que despues de vencer en Jena y en Friedland, brindó por sí mismo con una paz honrosa á la vencida Rusia; y ya es cosa sabida que jamas provocó las guerras que han ensangrentado la Europa. Escuchemos en este particular á un hermano predilecto del Emperador, al que por su amor á este y por su carácter era el mas digno de recoger su herencia. José Napoleon se espresa de este modo en una carta que tenemos á la vista: «Solo la Inglaterra y Pitt han querido constantemente la «guerra. El éxito de la restauracion ha probado que Pitt, «como gefe de los intereses de la oligarquia y del absolutismo de las casas reinantes de Europa, tenia razon.—Todos «los documentos que tengo en mi poder prueban que Napoleon quiso siempre la paz.—La paz interesaba á la civilizacion y á la nueva Europa, pero debia ser una paz sólida y gloriosa, marítima y continental.—Napoleon debió «algunas veces acometer para defenderse.»

Muchísimo se ha hablado del hombre grande como general, como fundador, legislador y administrador de un poderoso imperio: su alabanza corre de boca en boca, y es el héroe de las opiniones mas encontradas. En fin, se ha hecho justicia tan completa á su carácter, á su genio y á sus actos, que hemos creido poder suprimir en la portada de esta historia el título de *grande* que le dieron en otro tiempo el reconocimiento y la admiracion de los pueblos.

¿Necesita epitetos el nombre glorioso de Napoleon?

El Emperador era de mediana estatura (5 pies y dos pulgadas francesas) pero bien formado. Sus pies y manos eran delicados; su pierna carnosa y bella, sus muslos redondos, su busto bien colocado, su cuello algo corto, y tenia uno de esos dilatados pechos donde un gran corazón puede latir á

sas anchuras: en fin, todo su porte era noble é imponente.

Su cabeza, aunque algo gruesa, tenia la belleza de las formas antiguas; el óvalo de su semblante ofrecia una regularidad completa; era su frente alta, espaciosa y descubierta; los cabellos lisos y castaños, los ojos azules, la nariz aguileña, las mejillas llenas, la boca pequeña, los dientes bellísimos y el color pálido. El conjunto de su rostro ofrecia por lo comun calma y gravedad; pero cuando animaba al Emperador un sentimiento de benevolencia, á la severidad natural de su fisonomía reemplazaba la mas graciosa espresion, y entonces tenia su sonrisa irresistible atractivo.

El físico de Bonaparte, cuando general, parecia notable solo por lo endeble de su cuerpo, por la palidez de su semblante que resaltaba con la viva espresion de sus miradas penetrantes como las del águila, y por sus largos cabellos que cortados por un igual caian por ambos lados de su cabeza y ocultaban enteramente sus orejas. Cuando Consul, habia ya desaparecido su estremada flaqueza, aunque no enteramente. El noble carácter de su fisonomía, desembarazado del adorno de moda y de mal gusto de los largos cabellos, empezaba á hacerse distinguir. Solo á mediados de su reinado, cuando Emperador, adquirió toda su perfeccion la natural belleza de su semblante, como puede verse comparando las monedas del Consulado con las del Imperio. Su color era mas blanco; sus cabellos cortos dejaban al descubierto su espaciosa frente, sitio y emblema del genio: su cuerpo empezaba ya á regordecir.

Esta gordura aumentó despues en Santa-Helena, cosa que se esplica suficientemente con la falta de ejercicio y de libertad, pero á la cual pudo contribuir sin duda una conciencia pura y unos recuerdos tranquilos.

El temperamento de Napoleon era extraordinario como su genio: tenia un cuerpo de hierro capaz de soportar las mayores fatigas; no le atormentaba enfermedad alguna; dormia poco y tenia la preciosa facultad de interrumpir y volver á recobrar el sueño á su placer. Todos los sitios le parecian buenos cuando deseaba descansar, asi la alcoba imperial como el ángulo de una zanja, el lecho de campaña

como el duro suelo del acampamento.

Su vida era frugal, su apetito moderado y sus gustos fáciles de contentar; comia á prisa y con sobriedad, bebia poco vino y café, y no tomaba tabaco como se cree comunmente; solo sí gustaba de aspirar continuamente su olor.

Pródigo cuando se trataba de hermosear la capital, de abrir caminos y de construir puertos y canales, arreglabá con severa economía los gastos particulares de su casa, cuyo lujo ofuscaba sin embargo al de las demas cortes de Europa. En su palacio queria ver á sus generales recamados y cubiertos de oro; pero modesto él en su trage, solo se presentaba comunmente con el sencillo uniforme de coronel de su guardia, sin otro bordado alguno, y aun en los dias lluviosos se cubria con un redingote cuyo color pardo es bien conocido. Llevaba un sombrero militar cortado de una manera singular, sin galones, entorchado ni penacho, guarnecido solamente de una escarapela tricolor unida por medio de una presilla de seda negra. Al principio de su reinado no se le vieron otras decoraciones que el escudo de la legion de honor con una simple cruz de plata, la que se quitaba frecuentemente para recompensar el mérito ó el valor, y mas adelante añadió la corona de hierro italiana.

El Emperador era naturalmente afable y cortés con todos; bueno y condescendiente con el pueblo y los soldados, mas severo y reservado con sus generales y ministros. Ya hablaba en voz alta y concisa, ya en tono suave y cariñoso; su variada conversacion abundaba en observaciones delicadas, en rasgos notables y pensamientos profundos; de manera que era á veces como una tempestad con relámpagos de genio, cuyos destellos iluminaban todas las cuestiones.—Beranger dice que es el poeta mas grande de los tiempos modernos; sus proclamas prueban que ha sido el hombre mas elocuente.

Prodigiosa era su actividad: mientras mandaba el ejército, recorria á caballo y siempre al galope durante el dia las líneas ocupadas por sus tropas, de modo que hacia á veces mas de veinte leguas sin que se mostrase cansado, y du-

rante la noche dictaba sus órdenes, sus partes, sus proclamas y sus decretos; así desde un rincón de su tienda gobernaba el imperio y reinaba en Europa. Cuando una tregua ó una paz le restituían á Paris, su mansión en la capital no era un tiempo de reposo ó de inacción. Trabajaba con sus ministros, asistía á las sesiones del consejo de estado donde se componían esos códigos que honran su reinado á la par que sus victorias; y para buscarse un solaz tras sus tareas de gabinete, recorría la ciudad visitando, ora pié ora á caballo, siempre sin escolta y frecuentemente sin séquito, los edificios y los talleres, mezclándose con los jornaleros y haciendo preguntas al pueblo para conocer por sí mismo sus deseos y sus necesidades: «Porque, decía, el «pueblo es mi familia.» Y he aquí porque el reconocimiento popular ha sido constante para él, y cuando la fortuna le fué traidora, no fué, no, el pueblo quien abandonó cobardemente su causa. Sus soldados le permanecieron fieles hasta el último momento, ejemplo que deberían haber seguido mejor los oficiales colmados de sus favores, sus generales y sus mariscales.

La familia de Bonaparte, inscrita en el libro de oro de Bolonia, en el de patricios de Florencia, aliada con las mas nobles familias de Toscana, y aun con los mismos Médicis, fué en otro tiempo una de las mas ilustres casas de Italia que habia dado soberanos á Trevisa. Muchos Bonaparte se distinguieron en las ciencias y en las letras durante el siglo XV y el XVI, al paso que otros se señalaron en las guerras civiles de Italia. El nombre mismo de Napoleon, ese nombre que el Emperador ha engrandecido tanto, solo recordaba en la familia á uno de sus miembros, á Napoleon de Ursinos, que se hizo célebre por su denuedo y por sus talentos militares. La cátedra de jurisprudencia en la universidad de Pavia fué fundada por cierto Nicolas Bonaparte, célebre jurisconsulto, cuyo sobrino Jacobo Bonaparte ha escrito la mejor historia que poseemos del *Saqueo de Roma* por los soldados del condestable de Borbon: Jacobo

habia sido testigo de este acontecimiento memorable. Otro Bonaparte es autor de *La Viuda*, una de las mas antiguas comedias italianas, la cual no carece de fecundidad en el diálogo y en las situaciones dramáticas; hállase también aquel nombre algo distinguido en los fastos de la diplomacia italiana, pues un Bonaparte firmó el tratado del cambio de Liorna con Sarzana; en fin, la madre del papa Paulo V era una Bonaparte.

Nada añade á la gloria de Napoleon este noble árbol genealógico, mas no por esto debe callarlo el historiador, y ya se sabe además que el Emperador no hacia de ellos el menor caso. Antes de la campaña de Rusia y durante la entrevista con el emperador Francisco en Dresde, habiendo reunido este las actas que probaban el derecho de soberanía de los Bonapartes en Trevisa, y como pareciese le queria felicitar por ello, le interrumpió el Emperador diciéndole: «En nada es- «timo estos rancios pergaminos; mi nobleza solo data de «Montenotte ó del 18 brumario; prefiero ser el fundador que «el descendiente de una raza ilustre; quiero ser el Rodolfo «de Hapsburgo de mi familia.»

Los ascendientes de Napoleon habian combatido como gibelinos por la independencia de su país; proscribiéronlos los güelfos victoriosos, y les obligaron á principios del siglo XV á buscar un asilo en Sarzana, y de allí en Córcega. Fijaron su residencia en Ajaccio, pero conservaron siempre relaciones de parentesco con la rama principal de su familia que permanecía en San Miniato de Toscana. A poco se aliaron por medio de matrimonio con las principales familias de Córcega y de la nobleza de Génova; tales como los Colonna, Bozzi y Durazzo. Sus patrimonios en Córcega estaban situados en Pieva de Talavo, no muy lejos del pueblo de Boccagnano, y gozaban de gran influjo sobre las poblaciones cercanas.

Carlos Bonaparte, padre de Napoleon, hizo sus estudios en Roma y en Pisa. Era un hombre distinguido bajo todos conceptos, dotado de un talento vivo y penetrante, y de una